**SOLEMNIDAD DE LA EPISFANÍA DEL SEÑOR**

**Catedral, 6 de enero de 2018**

Uno de los relatos más significativos de los Misterios de la Infancia del Señor es el relato de la visita de los Magos de Oriente. El evangelista sitúa la narración en un momento histórico concreto perfectamente identificable por las fuentes históricas: el reinado de Herodes el Grande. Pero la intención del autor sagrado es la de mostrar a Jesús como el verdadero Mesías que esperaba el pueblo de Israel y al cual, según el profeta Isaías (Is 49,23), todos los reyes de la tierra vendrían a rendirle homenaje. Los tres Magos representan a todos los reyes de la tierra mencionados también en el salmo 72: "Ante él se postrarán todos los reyes, y le servirán todas las naciones."

La Fiesta de la Solemnidad de la Epifanía del Señor conmemora hoy este Misterio del Señor que, nacido en Belén de María Virgen, se presenta ante el mundo como “Luz que alumbra a las naciones y gloria de su pueblo Israel” ( Lc 2, 29). La luz divina que trae el Mesías a la tierra se refleja en un fenómeno físico en el cielo: una estrella distinta a las demás estrellas que suscita la curiosidad de “los Magos”, astrónomos babilonios especialistas en investigar los fenómenos de la naturaleza. Los Magos identifican aquella estrella espectacular, según los conocimientos y tradiciones de su época, con la del Rey judío que acaba de nacer y salen en su búsqueda para rendirle pleitesía. Al ponerse en camino, guiados por la estrella, los Magos se equivocan de Rey. No es el Rey Herodes que vive en Jerusalén el verdadero rey de Israel, sino un Niño nacido pobremente en un portal de la ciudad de Belén. Los Magos, sorprendidos por la oscuridad en la que les ha dejado el apagón de la estrella, al llegar a Jerusalén preguntan, indagan, escrutan y al final encuentran de nuevo el verdadero camino que les conducirá al auténtico Rey de Israel. Al final ven de nuevo la estrella que los llena de inmensa alegría.

La vida del hombre y también la de los cristianas está llena de luz y de sombras, de verdades que estimulan nuestra curiosidad y de oscuridades que nos ciegan. Por eso es muy importante que sepamos buscar la verdad y nos avecemos a escrutar los signos de los tiempos para reconocer en ellos la presencia del Señor, la verdad de su existencia y su llamada a la misión. Ante nuestros ojos tenemos también acontecimientos sorprendentes que son como aquella estrella que suscitó la curiosidad de los Magos. Muchas noches reconocemos en el cielo estrellado la constelación de Orión en la que destacan tres estrellas refulgentes en línea recta. Nuestra constelación espiritual como cristianos también tiene tres estrellas que nos dan luz suficiente para caminar en la oscuridad de la noche de nuestra vida: Se trata de la luz de la fe, la esperanza y la caridad. A ellas debemos mirar todos los días de nuestra vida para encontrar el camino de la verdadera vida que conduce hacia Dios.

La fe es la luz que nos ilumina para reconocer a Dios con nosotros y amarle sobre todas las cosas. La fe es la luz que alumbra nuestra conciencia cristiana para que caminemos como hijos de la luz, hijos de la verdad. La fe es el consuelo que nos da saber que estamos en buenas manos, en las manos de Dios que es nuestro Padre y nos quiere inmensamente.

La esperanza es la luz del horizonte que constantemente nos atrae y nos levanta para que sigamos caminando por esta vida hasta llegar la vida verdadera, la eterna. La esperanza es la promesa que ya se ha cumplido en Jesús, manifestado a los hombres en su misma carne revelándonos el Misterio del amor divino. La esperanza es la fuente de la alegría cristiana que nadie nos puede arrebatar porque confiamos en la promesa del Señor a sus amigos: “Donde estoy yo quiero que estéis vosotros”.

El amor es la estrella más brillante de todas porque la caridad no pasará nunca como nos dice san Pablo en la Primera carta a los Corintios. La llama del amor que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones ilumina y enciende el calor del corazón y de la voluntad del cristiano para hacer el bien como Jesús que pasó por este mundo haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el mal. El amor abre caminos de paz, de justicia, de reconciliación y de perdón que transforma la noche de este mundo en día radiante de sol.

Pidamos al Señor que nos conceda un espíritu sabio e inteligente como el de los Magos de Oriente para que guiados por la fe, la esperanza y el amor podamos llegar a Jesús y después volver como ellos a difundir esa luz por todo el mundo. Dios nos da la gracia de las tres virtudes teologales para que demos testimonio y por medio de nuestro testimonio otros hombres encuentren la luz de la estrella que les conduce a Jesús. Dice el Papa Francisco en su primera Encíclica sobre La Luz de la fe: “La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos”. (LF 37).

Esta fiesta de la Manifestación del Señor como Mesías, Hijo de Dios y Salvador del mundo tiene que estimularnos a mirar al cielo para ver en él la constelación que nos guía con su luz hacia Dios y mirar a toda la tierra para buscar la mejor atalaya, el mejor faro, desde donde cada uno pueda iluminar con la luz de su testimonio las oscuridades de los que viven en el error, la ignorancia o la falta de fe. Iluminemos también las oscuridades de nuestras comunidades cristianas donde el pecado se establece y nos apaga el brillo que hemos de tener los hijos de luz, los hijos de la Iglesia.

La Virgen María es la atalaya elegida por Dios para colocar en su seno la luz que alumbra a todo hombre. Coloquémonos también nosotros en su seno maternal para que ella acompañe la luz de nuestro testimonio y sostenga nuestro ánimo y nuestro ardor misionero y evangelizador. Pidamos hoy de una manera especial por tantos catequistas que en las misiones lejanas o cercanas dan testimonio de su fe iluminando, pobremente; pero iluminando la mente y el corazón de los hombres.

† Juan Antonio, obispo de Astorga